

J. Lagos Lisboa

Raimundo Echeverría y Larrazábal



A tierra nativa es virtualmente la morada del hombre sensitivo. Se la deja en la adolescencia o en la juventud, pero se sigue viviendo en ella, acaso, lo mejor de la vida.

El patio de la casa paterna con sus lilas floridas en primavera, con su emparrado verde de hojas y negreante de racimos en verano, la higuera sombrosa bajo la cual amanecieran nuestras inquietudes; el dócil alazán, que después de servir a los quehaceres cotidianos de nuestro padre, toleraba paciente las travesuras de los granujas de la casa; el agua de regadío que una vez a la semana llegaba a la heredad alborozando a los árboles y a nosotros, que nos descalzábamos para gozarla con fruición; la campana de la iglesia tocando a novenas; el farolero municipal con su escala bajo el brazo, trotando en la penumbra de las calles, para ir encendiendo de trecho en trecho los viejos faroles a parafina . . . Todo eso forma una galería de estampas, grabadas a fuego en las paredes del corazón.

Claros surgen ante mí las mañanas luminosas del domingo poblano. Sonaba el tercer repique de la campana de la parroquia. «Están dejando», advertía mi madre, celosa de la obligación dominical cristiana. A medio vestir, debatiéndome por aprisionar el cuello rebelde de la camisa, me asomaba a la ventana de mi pieza a ver pasar los fieles a la iglesia. Sobre todo a ciertas feligreses, a las que—signos de esos tiempos—tan difícil era mirar o admirar en otros sitios que los de la misa parroquial.

La poesía de esas cosas se entienden apenas en la ciudad. Hay que tener alma fundida con requiebros de río, con aleteos de pájaros parleros, con olor a pasto verde, a ciruelas «pintonas», a toronjil «para la pena», para sentir la entonación recia y profunda de sus evocaciones.

Todas ellas tienen un sentido grave en el corazón provinciano. Pudiera tal vez creérselas idealizadas por el tiempo; pero yo las miro y las sé inmutablemente iguales en el ayer y en el hoy... Ellas siguen siendo mi realidad interior. Lo demás es simulacro y vanidad.

Al evocar aquellos días, me sale al encuentro la visión gallarda de un alma de mi tierra, de un hijo de mi pueblo, a quien yo, en los tramos de mi juventud, viera todavía niño, allá en los primeros años del novecientos, y al que, más tarde, hube de tratar como amigo jovial y como poeta florecido de canciones

Fué en las romerías mañaneras del domingo poblano donde vi, por primera vez, a Raimundo Echeverría

y Larrazábal. Era uno de aquellos romeros. Su madre se hacía acompañar de él y de su hermanita—penecas los dos, de seis a ocho años—a la misa de todos los domingos. Siempre vi pasar a esos chicos con un aire de gravedad y concentración un poco en desacuerdo con sus años. Me los imaginaba tristes, con una vida interior prematura. De ambos recuerdo los albos semblantes, las líneas depuradas. La hermana era de rostro afinado, casi transparente; de sus ojos en sosiego parecían fluir suavidades celestes.

Durante la misa, ella permanecía atenta al altar; él divagaba por el cielo estrellado del templo y por los rayos de luz que se trajeaban de colores a través de los vidrios policromos del ventanal.

Seguí viendo muchas veces a aquel niño de mi pueblo, sin llegar a tratarle.

Un día abandoné mi tierra, salí a tentar suerte por los caminos foráneos y le perdí de vista. Otro día reuní en un libro unas cuantas páginas, emociones de mi vida sanjavierina, especialmente. Rememoré penas y dichas, evoqué las noches de mi pueblo, y entre otras adhesiones fraternales, recibí las de Raimundo Echeverría. Nos estrechamos las manos. Nos reconocimos cruzados de un mismo norte, fieles de una misma pasión al terruño e iniciamos una amistad que sólo había de interrumpirse con su muerte.

Cursaba él entonces—1915—sus estudios secundarios como alumno interno del Liceo de Talca, establecimiento que don Enrique Molina había reorgani-

zado, aireándolo espiritualmente, vitalizándolo en forma desconocida hasta entonces en la ciudad.

En una hoja literaria editada por los cursos superiores del colegio, aparecieron los primeros versos de Echeverría, oscilaciones tímidas, pero que daban la sensación de un empuje procedente de alas auténticas. Cursaban con él, en los mismos bancos, otros jóvenes cuyos talentos habían de llegar a la madurez y alcanzar un nombre en las letras americanas. Así, Arturo Torres Rioseco y Roberto Meza Fuentes. Torres, en uno de los más bellos poemas de su libro «Ausencia», recuerda aquellos días:

«Azucenas en jardines
de Talca . . .
¡Perfumes de la Alameda!
¡Ay, la buena compañía
de Roberto Meza Fuentes
y Raimundo Echeverría!».

El roce de la vida, agudizado por el fervor de su temperamento; le llevó al canto y al beso con la alacridad propia de la juventud luminosa y ardiente que había en él.

En los meses de verano solía encontrarle en mis viajes a San Javier, donde él pasaba sus vacaciones al lado de su familia. Conversábamos de letras. Me esbozaba proyectos. Me acercaba algún periódico local en que recién insertara quemantes estrofas a algunos de

sus fugitivos amoríos estivales. Me contaba de su última excursión a las sierras de Palhua o del Gupo en busca de salud y esparcimientos; de su alborozo al escalar el cerro más alto desde cuya cima creía divisar el mar.

¡El mar! Algo como calofrío rizaba sus palabras al nombrarlo. Raimundo Echeverría llevaba en subconsciente henchido de lejanías marinas y de aventuras de puerto, soñadas o ultravividas. Hijo de vascos, la sierra y el mar hundiéronle sus saetas. Su padre— que también lleva el nombre de Raimundo— hombre de vigorosa compleción, hoy nonagenario, había desafiado temporales y ventiscas en los años briosos de su juventud como marino de la flota mercante de su país. En la sangre del hijo relampagueaba, incontenible, la herencia de ambiciones, de recuerdos en latencia, de ilusiones por realizar «bajo el ancho cielo y sobre el ancho mar». El cantó la dádiva ancestral en conmovidos versos. Escuchad:

Gracias, padre, por este corazón romántico;
tú me lo llenaste de puertos fantásticos,
de cruces, de mástiles
y de velas ágiles.

.....

Tú me lo llenaste de tristes leyendas;
mujeres lejanas de ojos enlutados
que esperan las trémulas velas
que un día se fueron del puerto juntas con el sol.

Por eso está mi vida
llena de barcos
como los viejos puertos en el ocaso.

Gracias, padre, por este corazón romántico.

Echeverría fué entre nuestros escritores, quizá el primero que orientara sus devociones hacia el mar. Visitaba a menudo los puertos. Más de una vez le hallé vagando por las playas maulinas. Captaba, seguramente, las notas para el pentagrama de latentes canciones marineras.

Terminados sus estudios secundarios en Talca, se vino a Santiago a iniciar los universitarios. Los círculos de letras se penetraron luego de su valía, y fué considerado como uno de los escritores jóvenes de más porvenir literario. Sus versos se publicaron con elogiosos comentarios. Segura Castro y Molina Núñez lo ubicaron entre los poetas de selección de su Antología. Presentáronlo con «El poema de las Horas», tres sonetos de un vivo realismo sensual, que él subtituló «Oración de una muchacha a un sátiro joven». El mismo libro incluía un delicado soneto suyo, que dice:

No serás como todas. Llegarás blandamente
con las manos sangrantes de divina piedad.
Llegarás una noche, y harás luz suavemente
con los brazos abiertos llamándome a soñar.

Traerás en los ojos un ensueño de cuna
y sobre las ojeras un rubio de panal
llegarás por las sendas escanciadas de luna
con los brazos abiertos a ayudarme a soñar.

Vendarás las heridas de mis sueños lejanos
con la suave y divina perfección de tus manos
—un sendero de estrellas sobre un charco de azul—

y yo tendré mis versos para aromar tu paso,
y llevaré el fastidio de todos mis fracasos
para que con tus manos me los perfumes tú.

La capital no fué, sin embargo, propicia a la madurez estética que debió llegar a cristalizar en un espíritu como el suyo, tan bien dotado de claridad y de sensibilidad. Ocultos designios cercaban sus días.

Alto de cuerpo y de alma, ágil en la lucubración y el ademán, de rasgos finos pero varoniles, de simpatía personal ingénita, alegre, bromista hasta en sus quebrantos, su compañía era requerida a toda hora por la amistad y mayormente por el amor. De él se siguen contando anécdotas ingeniosas y regocijadas en los círculos de letras. Ante su estampa de varón bien plantado y de su actitud romántica, las mujeres le amaron apasionadas. Y, tomado tiránica y totalmente, ya por graves, ya por seductoras preocupaciones— las tareas de estudiante, la obsesión de los sueños, la imposición del canto, las redes urentes del hechizo pasional— su

constitución física sufrió las consecuencias de tal torbellino.

Se le vió triste, y aun poseído de desencanto tras su sonriente afabilidad. Jugaba espiritualmente barajando chistes y relatos en círculos íntimos, pero de pronto surgía una mueca de tedio o la expresión irónica o desdeñosa. Artista por sobre todo, se situó en climas poéticos acordes con su estado de ánimo. El humorismo ácido de Luis Carlos López encajó holgadamente en su altivo desencanto.

Aprendió de memoria los versos del poeta de Cartagena de Indias y recitaba con frecuencia como un desahogo:

«Quimeras moceriles, mitad sueño y locura,
quimeras y quimeras de anhelos infinitos,
y que hoy, como las piedras tiradas en el mar,
se han ido a pique oyendo las pláticas del cura
junto con la consorte, la suegra, los niñitos . . .
¡Qué diablo! Si estas cosas dan ganas de llorar!».

Limitó, no obstante, sus desahogos al rodar de la charla cotidiana. No ensayó imitar al colombiano ni llevar a sus versos resquemores o hastíos suicidas. Hubiera sido apostatar de sus blasones de ensueño que, al fin y al cabo, eran la esencia de su ser. Por el contrario. Defendíase peleando contra la vulgaridad y el hastío. Aislábase buscándose, inquiriendo lo suyo. Y escribió entonces estrofas tan bellas como estas «Leyendas del Mar»:

Capitán, padre mío,
capitán de navío
dónde están
las ciudades azules
y los pueblos sombríos
y las lindas mujeres
que morían de hastío
esperando tu vuelta
capitán?

Padre mío,
dónde están
los ocasos violentos,
las velas que cantaban en manos de los vientos
y el negro de Manila que te iba a matar?
Las leyendas de Cuba, las leyendas del mar,
capitán, padre mío, dónde están, dónde están?

Ahora eres un barco
encallado en los pueblos;
te aburres como todas las naves de los puertos;
quisieras ver tu vela enganchada en el viento...
navegar, navegar;
y veinte marineros como veinte recuerdos
que incendian con sus pipas los horizontes negros...

Capitán, padre mío,
capitán de navío,
dónde están
las ciudades azules

y los puertos sombríos
y las lindas mujeres que morían de hastío
esperando tu vuelta, capitán?
Padre mío,
dónde están, dónde están?

A principios de 1924, hice un viaje a San Javier. Caminaba por la calle central, y al acercarme a la casa del poeta, divisé, de pie, en la puerta de calle a un joven pálido y transijado, vestido de oscuro, el rostro enmarcado por una barba fluvial, negrísima y brillante. Me detuve un momento paralogizado; ese hombre era José Asunción Silva... Su fisonomía era igual a la del divulgado retrato del célebre poeta. Me acerqué a él y abracé a Raimundo Echeverría. Estaba transformado. La enfermedad le había hecho honda mella, aunque sin mancillar su prestancia física.

La cenceñez realzaba los rasgos correctos y su palidez mate transparentaba la atracción melancólica de un alma. Acercó dos sillas y nos sentamos a la vereda de su casa. Recordamos amables cosas, imponiendo a cada memoración o sugerencia un imperativo de alegría. Por convención tácita evitamos toda alusión a su enfermedad. Y mientras él formulaba proyectos, yo moría el presentimiento de que no volvería a verle más.

Me alejé entristecido, y una tarde de julio de 1924 me consternó la cruel noticia. Raimundo Echeverría había fallecido en Santiago cuando acababa de volver de San José de Maipo. Se apagaban 25 años de vida.

Con su partida, nuestra poética perdió una de sus buenas posibilidades. Hubo en él la pasta de los forjadores en sueño y cristal. Nutrido de las savias feraces del valle loncomillano, exaltado por el resplandor nocturno de sus cielos profundos, redivivo en su vieja psiquis vascónica por el embrujo pertinaz de aquellas nuestras serranías que lindan al mar, Raimundo Echeverría y Larrazábal se sorprendió un día dueño de recónditas voces. Y cantó con esas voces no aprendidas, vacilantes a veces, mas siempre estremecidas, cálidas, animizadas.

Saboreada la súbita miel de los transportes, bebido el lento acíbar de las realidades, su verso primero, ilusionado hasta la puerilidad, se tornó pensativo, moroso, avisor. Evidentemente buscó rectificarse, y, circunscribiéndose, amplificó paradójicamente su órbita emotiva. Navegó por los cauces ancestrales de su sangre, y descubrió en ella, en su sangre marinera, la pauta de lo que debió ser su fama. Desgraciadamente un poco tarde, cuando la muerte había ya marcado esa órbita con su tangente inapelable.

Los poetas nuevos habrán de continuar recordando a este pasajero que en su lírica breve y fervorosa como su vida, puso la flor de su espíritu.